



LOS INFANTES DE ARAGON

No me parece inoportuno del todo llamar a los tecnócratas del Opus «los infantes de Aragón». Y mucho menos preguntar: «los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?». «¿Qué fue de tanto galán, qué fue de tanta invención como truxeron?». Recuerdo hace años cuando los tecnócratas pimpan-tes accedieron al poder y empezaron a extenderse por los despachos ministeriales como una mancha de aceite. Un periodista hizo una parodia ingeniosa de una locución de San Pablo: «Crisis coronat Opus». La crisis guber-

namental había «arrojado» al poder a unos hombres bien vestidos, inteligentes, niquelados, con buena dentadura, que habían fundido el rigor económico y la ascética espiritual. Parecían el gozne sobre el que iba a girar la puerta española hacia el futuro, para que los españoles del pasado entraran por ella. Los dos grandes recepcionistas eran los dos lópeces. López Rodó, que era el que mandaba más, y López Bravo, que era el que se peinaba más. Lo cierto es que bajo su «imperium» los españoles dieron un tirón. Dicen que el globo se hinchó con gas neutro, cuando debieron hincharlo con gas político. Los periódicos les rindieron tributo de admiración, lo contrario que ahora. Aquí no hay mayorías silenciosas, sino habladoras. Y las mayorías habladoras coinciden siempre, milimétricamente, con la lógica absoluta del poder. Se notaba que los tecnócratas, tan europeístas, lo eran deliberadamen-

te. Les faltaba un punto de naturalidad. No les importaba tanto ser europeos como no ser africanos. Pero la gente no hablaba de europeístas, ni de tecnócratas, ni de ejecutivos, hablaba del Opus. Opus por aquí, Opus por allá. Los del Opus, decían. La gente se hacía del Opus a mantas, los periódicos explicaban los diferentes grados de adhesión y compromiso de los socios, y el «ABC», me parece que el de los domingos, publicaba artículos del gran preboste, o como se diga, de la sociedad, monseñor Escrivá. Fue tanta la habilidad de los tecnócratas que confundieron a los ultras. López Bravo se hizo pasar por rojo nada más que por estar unos minutos en un aeropuerto ruso. Una cosa tan aburridamente administrativa como la de establecer relaciones diplomáticas con la China de Mao, hizo de López Bravo un Bismarck. Pero la apoteosis de este señor fue lo del «pensar juntos» y «pensar por

separado» acerca de lo de Gibraltar. Fue la primera broma que empezó a aguantarse mal. Y a todo esto ya había ocurrido la vergüenza, explicada inexplicablemente, de Matesa. Y otras cosas. Pero todavía tenía «sexy» la cosa del Opus. Si a uno le nombraban algo, decían: «Será del Opus». Si uno se compraba una cartera de mano para organizar los papeles del pluriempleo, murmuraban: «Se ha hecho del Opus». Y si a uno le tocaba la lotería, era irremediamente del Opus, y además con los votos de castidad, obediencia y todos los demás.

Y de pronto, los han echado a los leones, que se los están comiendo, pero a nivel de conserje también, no sólo de director general. «Pulvis eris», o como se diga, que decía el otro. Una caca es lo que somos. Pero todos, ¿eh? ¡Todos! Los infantes de Aragón, y los que no son infantes.

LICANTROPO



PROHIBIR



LA LECHE

AHORA andan con la guerra de la leche. Primero, la leche sabía a cal. Luego empezó a poblar-se con el planeta azul del señor Rodríguez. Ahora, como ya hemos conseguido falsificar absolutamente la leche para ahorrar leche natural de vaca, resulta que la leche natural de vaca hay que tirarla, porque baja de precio y no le quiere nadie. Es lo que se ha llamado la guerra de la leche, expresión que no quiere sugerir que uno esté harto de alguna guerra, la de Vietnam, por ejemplo, sino que hay un efectivo conflicto lechero. La oferta y la demanda. La cosa. Los teóricos del socialismo ya decían que el capitalismo acabará devorándose a sí mismo. Lo que no podían prever era que los lecheros iban a acabar devorando sus propias vacas —las vacas de los huevos o de las ubres de oro—, por falta de demanda. Pero así es. Los vaqueros de la montaña, que son muy suyos, han dicho que, si la leche no sube, tendrán que sacrificar sus vacas y comerlas. Siempre es un recurso. A los que no tenemos vacas y sólo tenemos folios para escribir artículos, no nos vale

decir que si no suben el precio de los artículos nos comemos los folios, porque papel ya comemos bastante en la sopa adulterada.

Prohibir la leche. Lo que hay que hacer es prohibir la leche. Si es de vaca en seguida se arma la guerra de la leche. Si es industrial interviene el indimo o la revista Ciudadano y te quitan el biberón de la boca para que no te contamines. La leche es obscena, es de mal gusto, tiene un nombre que atenta contra los principios, contra la raigambre y contra la Asociación de la Palabra Culta y las Buenas Costumbres. La leche no es decente, la leche es la leche. Aquí, donde tanto se cuidan las formas, no sé cómo no se ha pensado ya en prohibir la leche, cuando tantas otras cosas igualmente pecaminosas han sido prohibidas. Se prohíbe la leche, se borra la palabra del diccionario y se lleva a las vacas y a las madres lactantes a campos de concentración. Y en lugar de con leche criamos a los niños con ron, que no se presta a equívocos.

LORD